



A MUCHOS NOS GUSTA HABLAR, INCLUSO DE LO QUE NO SABEMOS

R. Penner

Lo cierto es que a todos –o a casi todos- nos gusta hablar. A muchos nos gusta solamente hablar, pero nunca escuchar. Pero la realidad es que se aprende mucho más escuchando que hablando...

Es realmente difícil intentar entablar conversación con alguien que solo está dispuesto a mantener un monólogo en vez de un diálogo. Con alguien que, cuando por fin consigues tomar la palabra por un instante, sabes que no te escuchará.

Simplemente en un gesto de extrema magnanimidad, esta persona habrá esperado pacientemente que el inoportuno movimiento muscular de tus labios y articulación de la lengua cesaran de emitir aquellas incómodas vibraciones sonoras, de las cuales no ha tomado el mínimo conocimiento, pues su mente estaba centrada todo el tiempo en sí mismo y en lo que seguiría diciendo tan pronto pararas tú de hablar.

Yo también he sido así cuando joven. Así que espero que el hecho de conocer los dos lados de esta cuestión me confiera un cierto grado de la "autoridad" necesaria para poder hablar sin rodeos sobre el tema. Al confesar esto quiero dejar claro que no hablaré por sentirme superior a nadie a causa de lo que voy a contar aquí, porque yo mismo he cometido varias tonterías parecidas.

Todavía, y antes de entrar en materia, quiero llamar la atención para dos aspectos importantes que han sido llevados en cuenta en este escrito:

1- Obviamente no me refiero a los lapsos o equivocaciones casuales, lo que sería un absurdo, como si yo mismo pudiese presumir de estar exento de equivocarme.

Y también lejos de ser asunto mío lo que sepan o dejan de saber los demás, pues sería un absurdo imaginar que alguien pudiese haber nacido sabiéndolo todo. Tampoco me supongo yo aquí estar en posición de saber más o menos que nadie.

Lo único que aquí pretendo es llamar la atención para algunas situaciones, sus efectos dañinos para nosotros y/o los demás y -al final del artículo- compartir un consejo que cierta vez me dio un amigo, el cual no quisiera retenerlo de un modo egoísta solo para mí mismo.

2 - En ningún punto de lo que presento aquí le hago ataque a personas –quienes permanecerán en el anonimato- sino que invito a que te enfoques en las *prácticas* que me parece deberían ser evitadas por las razones que voy explicando en la medida en que me vaya situando en cada contexto. No es más que eso lo que pretendo compartir. Y empiezo:

HABLAR DE LO QUE NO SE SABE PARA PRESUMIR DE ESTAR EN LA MODA

Explican los psicólogos que nos es más fácil reconocer nuestros propios defectos en los demás. Por eso es que lo que voy a describir ahora lo conseguí notar tan fácilmente en los demás.

Hay una inmensa cantidad de personas que se dicen católicas pero que cuando ya se tiene algún conocimiento de la genuina doctrina de nuestra fe oírles decir eso llega a causar sobresalto.

Hoy día, durante mis actividades de formador en la fe de adultos y jóvenes, apologeta y conferencista de temas sobre la Doctrina Católica no me han faltado ocasiones de sentir bochorno cada vez que veo reflejado en los demás lo que yo mismo he repetido durante buena parte de mi vida.

Así que, tal como se pasó conmigo, algunas personas se consideran cristianas porque han sido bautizadas y fueron a la Misa del Gallo alguna vez.

En los programas de formación que llevo regularmente en dos parroquias, en un ministerio y en la pastoral de la cárcel he podido constatar que una mayoría aplastante de católicos no ha tenido más formación en la fe que aquella recibida para su primera comunión.

En la medida en que fuimos creciendo recibimos una instrucción académica continuada y formación profesional que nos permitió desarrollarnos para enfrentar varios aspectos de nuestra vida adulta. Algunos hasta hemos tenido la posibilidad de desarrollarnos también físicamente y en el campo deportivo. Nada de eso está mal, al contrario, es constructivo, útil, positivo, en fin... beneficioso, buenísimo, Sin embargo, lo cierto es que nada de eso se destina a la salvación del alma, que es el fin mayor de la existencia del cristiano.

¿Y que conocimiento de nuestra fe nos ha sido proporcionado en aquel primer paso de nuestra instrucción en la Doctrina de Cristo? Es bastante obvio, apenas no nos damos cuenta de eso: ¡solo se le puede transmitir a un niño de siete años de edad lo que esté al nivel de comprensión de su propia edad y mentalidad!

Entonces mientras en todos los demás campos empleamos el conocimiento adquirido durante los años de instrucción que acompañaron nuestro crecimiento juvenil y adulto, en cambio, solo en los asuntos religiosos seguimos empacados, utilizando los conocimientos dados a un niño de siete años, y es recurriendo a ese conocimiento grotescamente infantil que como adultos vamos a juzgar todo aquello que se relacione con nuestra fe y la Iglesia. Hagamos una autocrítica: ¿Qué tipo de razonamientos y conclusiones podemos esperar sacarle a ese nivel de información?

Nos enseñaron en aquella edad de tierna inocencia que pese a que no le podamos ver a Dios, Él existe y es eterno, que Jesús es Dios, que María fue siempre virgen a la vez que es la madre de Jesús, que Jesús nos salvó con su muerte, que Jesús está presente en la Eucaristía y tantas otras cosas que, en la medida en que vamos madurando “no van haciendo mucho sentido” usando una lógica adulta secularizada y empapada de materialismo.

¿En donde hemos ido la mayoría de nosotros a buscar, como adultos, respuestas serias a esas dudas?: ¿Por qué para salvarnos Jesucristo tuvo que morir? ¿Con todo su poder no podría Dios habernos salvado sin necesidad de ese sacrificio cruento? ¿Como es posible que alguien sea la Madre de Dios; no es Dios eterno, infinito? ¿Y María, por que no podría haber sido madre de Jesús sin necesariamente haber sido “virgen”? ¿Son los dogmas “invenciones” de la Iglesia? ¿Cuándo es un pecado mortal y cuándo no lo es?

Lo cierto es que no hemos ido buscar la explicación en donde deberíamos, o sea, en la misma fuente de la cual proceden esos hechos: en la Revelación.

No hemos tratado de saber como los explica la doctrina oficial de la Iglesia, el Magisterio, el Catecismo.

En cambio, aceptamos pasivamente las “respuestas” a esas cuestiones recibidas de la televisión, la radio, periódicos, vecinos... Y de esa forma en vez de aprendernos lo que dice la Iglesia terminamos aprendiendo las tonterías que esta gente dice ser lo que la Iglesia dice...

¿Y con que autoridad hablan esas “fuentes”? Con la misma autoridad que nosotros tenemos mientras vivimos en la duda e ignorancia: tal como hicimos nosotros, con lo que aprendieron a los siete años de edad e imaginan por cuenta propia cuales deberían ser las respuestas según las conclusiones “lógicas” de cada uno. Se alimenta así una cadena sin fin de conceptos absurdos que alejan a la gente de la fe y, consecuentemente, puede comprometerles la salvación.

Todas esas preguntas y dudas tienen una respuesta clara, contundente. ¡Por lo general cuando uno las aprende se sorprende de cuán “obvias” pueden llegar a ser!

Es para eso que hizo Jesús edificar su Iglesia sobre Pedro, para que siguiéramos siendo guiados y ayudados en nuestro peregrinaje; no nos dejó abandonados después de su Ascensión. Podría no haberlo hecho y dejarnos por nuestra cuenta, pero si Él lo ha hecho así por algo habrá sido y yo no me atrevería a cuestionarlo.

He visto con pesar algunas personas decir que creen en Dios pero no en la Iglesia (*1), las cuales – paradójicamente- se creen en todo que la prensa dice, en la televisión, en supersticiones, publicidad y hasta en algunos políticos...

Es justamente de esas personas que he oído los absurdos más variopintos: que Juan Pablo II dijo que el infierno no existe, que los dogmas fueron “inventados” por la Iglesia, que los curas son pedófilos porque no se les deja casar, que las indulgencias son una segunda oportunidad que la Iglesia da para las almas condenadas, que los textos apócrifos están prohibidos por la Iglesia, que el Vaticano es una teocracia etc. etc.

Los medios de comunicación proporcionan una verdadera enciclopedia de lo absurdo en materia católica. Y con el advenimiento de Internet últimamente podemos contar con una oportunidad más para “desaprender” otro poco sobre la Iglesia y la Doctrina, con una presencia muy activa de sus detractores, que se valen del anonimato para esparcir su cizaña.

Citaré apenas dos casos para ilustrar con ejemplos esa acción dañina, los cuales todavía guardo en la memoria por el choque que me causaron cuando los leí.

El primero, fue por ocasión de la muerte de S.S. Juan Pablo II, cuando un grupo tomó la iniciativa de subscribir firmas para hacerle una petición a la Iglesia, con intención de llevarle pronto a los altares (*Santo Subito!*). Esa no es la forma de canonización que sigue la Iglesia, pero se reconoce que el espíritu de amor con el cual se pensaba llevar eso a cabo era sincero y entrañable.

En medio a los que colocaban sus mensajes de pesar se metió una chica para protestar porque no estaba de acuerdo con que aquel hombre pudiese ser santo, porque él era un misógino, nunca ha hecho nada por los demás y que, por encima “*al hombre le gustaba mucho viajar*” (SIC). Que vivió muy bien, disfrutó bastante de una “buena vida” y que no le parecía justo que por encima le elevaran a los altares. Estoy seguro de que no ha sido por la enseñanza de la Iglesia que aprendió eso. Yo le respondí que quisiera saber como se sentiría ella misma siendo una anciana de avanzada edad, con un tiro en el abdomen, con el mal de Parkinson, artrosis y sus otros males y dolores intensos permanentes y tuviera que vivir hasta el fin de su existencia sin derecho a una vida propia, teniendo que madrugar a diario siendo remolcada de aquí para allá para cumplir minuto a minuto una agenda que no le beneficia personalmente en nada, incluidos esos viajes que a ella le parecían “tan buenos”...

El otro caso es el de uno que se identificó como siendo teólogo, para gratuitamente atacarle a *la persona* de Benedicto XVI.

Apareció en un blog supuestamente católico. Digo supuestamente porque pese a que su autor diga ser católico el tiempo para criticar y denegrar a la Iglesia y a su Jerarquía no le es suficiente.

Dice que lo hace porque “ama” a la Iglesia, pero su “amor” a la Iglesia consiste en defender un orden de obispado homosexual, el uso de preservativos y anticonceptivos, cambio en los Sacramentos, institución del matrimonio gay (clero inclusive) y otras tantas cosas que afrontan directamente a la doctrina de Cristo y que quisiera que el Papa pasase por alto de ello.

La impresión que me causa es que más que católico, este *bloggero* pudiese ser uno de los llamados *quinta-columna* encargados de destruir la Iglesia desde dentro.

Pero vamos al protagonista de este segundo ejemplo, el “teólogo”: El lanzamiento del libro Jesús de Nazaret había sido anunciado pero la traducción al español no había siquiera salido al mercado. Uno de los lectores de ese *blog* dijo que ya había leído el libro y se “quedó escandalizado” con la obra; que Benedicto XVI ni siquiera era teólogo pero que él mismo, sí, era teólogo. Que Benedicto XVI ¡debería ser juzgado y preso por tramposo, estafador por haber escrito semejante basura! blá, blá, blá...

Él no tuvo siquiera un solo comentario o análisis de ninguna de las partes que pudiera condenar en el libro (o por lo menos para dar a entender que realmente lo había leído). Solo habló del Papa y atacó a *su persona* en todo su comentario.

¿Que es lo que aportan estas personas para el catolicismo? Nada. O mejor, mugre. Transfieren la suya propia a los demás. Proporcionan desinformación a los que tienen principalmente a esos medios –y les aceptan- como auténticas fuentes de información.

La vacuna contra la influencia de esas prácticas maléficas es el conocimiento. Tan pronto salió aquel libro al mercado lo compré y me lo “devoré”. Y pronto me imaginé lo que le podría estar pasando por el alma a aquel pobre hermano nuestro mirando desde su insignificancia a un gigante de nuestro tiempo como es Benedicto XVI.

Joseph Aloisius Ratzinger, el actual Papa, no solo es teólogo como además *catedrático* en teología, fue profesor en las Universidades de Bonn, Münster, Tubinga y Ratisbona (Regensburg), co-fundador de la publicación teológica *Communio*, obispo, arzobispo, cardenal y Prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, es autor de innumerables otras publicaciones y como Papa, de varias Encíclicas y Exhortaciones Apostólicas. En el ámbito intelectual fuera de la Iglesia es reconocido como uno de los hombres más cultos y de mentes más brillantes de nuestro tiempo. Ya hay quienes le vean como un muy posible futuro Doctor de la Iglesia.

Ahora bien ¿como es que yo mismo hubiera reaccionado en mis tiempos de “católico ignorante” si hubiese leído semejante comentario injurioso? Como muchos probablemente lo habrán hecho al leer ese *blog* (esas acciones suelen tener el propósito de formar opinión) yo hubiera salido repitiendo aquellas tonterías para mostrar que “estoy a la par de los acontecimientos del día”.

Yo hablaba lo que oía para presumir de estar a la par de los acontecimientos, y estaría siendo manipulado como un idiota, ayudando a engrosar la corriente contraria a la Fe, la Iglesia o sus representantes repitiendo a los cuatro vientos que Juan Pablo II no pasaba de un *bon-vivant* que supo disfrutar mucho viajando y que Benedicto XVI no era un teólogo sino que no pasaba de un *nazi tramposo*.

Hablar de lo que no se sabe puede ser como escupir hacia arriba, se ensucia uno solo.

HABLAR DE LO QUE NO SE SABE PARA APARENTAR QUE SE SABE

Tengo un amigo que es persona maravillosa, bueno como solo él mismo. Tiene un corazón de oro y está siempre dispuesto a ayudar al prójimo. Es creyente comprometido y seguidor de varias devociones que conoce a fondo. Pero está lejos de conocer la doctrina de los Apóstoles tal como enseña el Magisterio. Ni siquiera ha llegado a estudiar el catecismo. Yo mismo terminé por regalarle uno después de algún tiempo y por lo que noto, sigue aun sin al menos haberlo abierto.

Según sus propias palabras se relaciona con gente de varios grupos católicos pero nunca se juntó a ninguno para un estudio de instrucción regular. No quiere asumir compromisos y afirma que ya se siente “estar en todo” pese a no querer vincularse a ninguno. En mi entender eso es lo mismo que estar en nada y no “en todo”. No tiene la disposición ni paciencia para estudiar seriamente. En cierta ocasión me buscó para que le sintetizara en pocas palabras (palabras suyas) el resumen de toda una conferencia sobre María, de la cual había sido informado que yo iría a dar próximamente, cuya duración normalmente es de entre una hora y hora y media.

Pues bien, este buen hombre no pierde la oportunidad de “enseñarle” a los demás todo aquello que a su juicio “imagina” ser la Doctrina de los Apóstoles; cositas que escuchó aquí y allá. Se trata de una profusión de opiniones ajenas y propias basadas en sus experiencias personales, con una dosis de creatividad.

Mismo que conociese perfectamente la Doctrina no entiende que de cualquier modo hay un gran salto entre saber para uno mismo y recibir preparación especializada para la enseñanza de la misma a terceros. Opiniones personales pueden a veces servir como testimonios, pero no son válidas como recurso didáctico.

Por dos ocasiones -posiblemente con la mejor de las intenciones- este amigo empezó a darles "catequesis" a personas a quienes yo ya se las estaba dando en ese momento en cumplimiento de un programa regular. Lo más gracioso es que de vez en cuando hacía una pausa para preguntarnos a mí y a mis alumnos si ya sabíamos de esto o de aquello. Tenía mucha gracia porque parecía que quien tenía la formación de catequista no fuese yo sino él...

Ahora tengo que tener más cautela al presentarle a la gente para evitar esas situaciones surrealistas.

Tal como por una cuestión de ética a los profesionales de ciertas áreas como por ejemplo, médicos, no les gusta interferir en casos de pacientes de colegas suyos, de igual modo jamás yo me intrometo con alumnos de otros catequistas; primero porque lo veo como una falta de respeto, una desconsideración, y luego porque no tengo idea del programa que están cumpliendo, cosa que jamás dejaría de ser una forma de desprestigiar a mis colegas.

En los primeros tiempos de mi propia formación como *Catequista para la Formación de Adultos y Jóvenes* una de las cosas primordiales que tuve que aprender fue sobre la grave responsabilidad que tengo al dar clases [CIC # 426-428], No puedo hablar por mí mismo; mis opiniones no valen. Peor todavía, si enseño algo fuera de lo que determina el Magisterio estoy esparciendo las semillas de una posible nueva secta. Además, con eso estaría poniendo en riesgo la misma salvación de mis alumnos.

Un aula de catequesis puede ser hasta un poquito más complicada que cuando se destina a la instrucción académica.

Cuando preparo un aula, para cada cosa que vaya a transmitir tengo que documentarme y prepararme para justificar la procedencia de cada afirmación: en cual canon del catecismo se basa, en cual canon del Código del Derecho Canónico, en cual Concilio se estableció, cual versículo de las Escrituras lo dice, cual Documento de la Iglesia lo contiene etc.

Mismo después de concluido el curso de formación, los catequistas de mi Arciprestazgo ¡seguimos recibiendo, año pos año, clases mensuales de formación y de actualización!

Las personas que con la mejor de las intenciones pero sin un preparo adecuado improvisan sus propias "catequesis de bolsillo" no se imaginan el estrago que se le puede causar al prójimo por hablar de lo que no se sabe.

HABLAR DE LO QUE NO SE SABE PARA INJURIAR AL PRÓJIMO

Ya vimos el caso de las dos personas que se manifestaron grandemente molestas con dos Papas, una con los viajes de uno y otra con el libro del otro.

Ahora nos toca tratar un poco también del caso de aquellos que también hablan mal no solo de los papas, sino que de todo aquello que pudiera relacionarse con el catolicismo, sin mismo la necesidad de alegar razón alguna para sentirse molestos con nada. Estos van directo al asunto.

Algunos de esos son aquellos afectados de lo que acostumbro llamar de "el síndrome de la garrapata". Pero de ellos voy no voy a perder el tiempo aquí porque tengo un otro artículo dedicado exclusivamente al caso de ellos; esos son los que viven profesionalmente de escribir libros, artículos, auto promover sus espectáculos teatrales, producciones cinematográficas, exposiciones "artísticas" etc. con base en difamaciones, escándalos, muestras pornográficas, falsos "descubrimientos" y tantas otras cosas en que se puedan involucrar de alguna forma al catolicismo, a la Iglesia, y siempre que posible... ¡hasta al Papa!

Naturalmente, todo eso es tratado muy profesionalmente, como un medio de explotación de un público hambriento de morbo y vulgaridad.

Hablando claro, si la Iglesia no existiese estos se morirían de hambre.

Aquí me voy a dedicar a otros que también se regocijan con la mentira, injuria y la ofensa grosera y gratuita. Los hay de todo tipo. Cultos e ignoros. Se les puede encontrar entre algunos ateos y hasta entre muchos de los autoproclamados cristianos. En lobbies de colectivos ideológicos o militantes políticos. Se puede encontrarles en todos los sitios. Lo hay de todo y para todos los gustos. Todos esos se sienten en el derecho de atacarnos a nosotros mismos y a todo más que de alguna forma puedan relacionarle a lo nuestro.

Por ejemplo; la forma que han encontrado algunos hermanos pseudo-cristianos para obedecer a los mandamientos de Cristo "" [Mt 22: 37-39] es llamando a la Iglesia "*la remera de Babilonia*"... ¿Ya habrás oído eso, verdad? ¿Y que el Papa es el anticristo, la Eucaristía es una herejía o que adoramos a los santos; ya lo habrás oído a eso también, no? Hay más cosas de ese tipo que tú y yo conocemos, pero que no merece la pena extendernos aquí a más detalle.

Lo que deseo comentar es lo siguiente: hay un dicho en inglés que dice "vive y deja vivir" (*live and let live*). ¿No parece esa "filosofía" de vida bastante razonable? Pues de ahí es que me pregunto ¿Si esta gente ya consiguió lo que quería, o sea, disentir de la doctrina de la Iglesia, formular su propia creencia y libremente constituir su comunidad religiosa o no-creyente, en qué se siguen sintiendo molestos con nosotros? ¿En que les afectamos, importunamos para justificar esa continuada persecución con ofensas y provocaciones? ¿Al final de cuentas, quieren o no ser vistos como cristianos por los demás? (a muchos no-creyentes les gusta que se les llame "intelectuales", ¿lo coges?)

Para encerrar el tema de este título voy ahora referirme a un tipo más especializado en la siembra de cizaña; son unos a quienes les encanta militar en donde hagamos presencia los católicos. El escenario más concurrido actualmente está siendo Internet.

Esta gente es muy activa. Hasta parece que alguien les paga para hacer lo que hacen de forma tan obstinada. A algunos se les ve año tras año en lo mismo, siempre con la misma arenga, circulando en una buena cantidad de sitios católicos, de preferencia, en los más visitados de la red. A veces cambian el pseudónimo bajo el cual se esconden en el anonimato, pero los que también frecuentamos regularmente a esos mismos sitios ya les pillamos sin dificultad, por las huellas que van dejando.

Se creen listos pero es bastante fácil reconocerles por los patrones particulares de cada uno en sus errores gramaticales, de ortografía, tipo de lenguaje y otras peculiaridades. Además a veces llegan a usar "copiar y pegar" partes de sus mismos textos dejados en comentarios en uno y en otro sitio.

Su acción consiste en diseminar cizaña, sembrar dudas con relación a cada noticia dada, por buena que sea, y esa es otra de las características que componen su patrón. De un modo general no es cosa normal que los lectores regulares de un blog tengan porque leer las mismas noticias a diario, ni que hacer comentarios a todo lo que se publique, o tampoco tienen que manifestarse a favor o en contra todo lo que se noticia o que los demás lectores comentan.

Pues ahí también esta gente se revela, pues están presentes en los mismo blogs todos los días hasta que la noticia sea substituida, hacen comentario en todas y siempre... ¡por "coincidencia" siempre antagónicos! Es parte de su patrón. ¿Cómo se puede notar eso? Es muy fácil: cuando lectores hacen comentarios sobre una noticia, normalmente lo hacen y se van. Cuanto mucho, si contradichos por estos militantes (o alguien más) podrán todavía darles una o dos replicas en el mismo día y luego se van. Pero no pasa lo mismo con los "sembradores de cizaña"; estos seguirán presentes todos los días en los mismos blogs dándoles la mandarina a los nuevos lectores que vayan pasando por allí.

Su problema mayor parece ser la existencia una moral cristiana que se resiste a decirle *amén* a su relativismo moral, libertinajes y otros abusos.

¿Que podría ganar alguien gastando su tiempo en cosas así? Sobre que pudiera "ganar" no me hago la menor idea, pero con toda seguridad algún daño causará sembrando dudas entre los menos preparados, con la clara intención de formar opiniones adversas a nuestra fe e Iglesia.

¿Quiénes son? Bien, pese a que actúen en la sombra del anonimato, mediante el contenido de sus intervenciones deducimos la presencia tanto de ateos como de creyentes. Los del primer grupo no pierden mucho en rodeos, van directo al grano: aportan sus "contribuciones" coreando el pensamiento de Nietzsche, la dialéctica materialista de Engels, Hegel, Marx y hasta la reciente

militancia de Dawkins en sus campañas publicas en autobuses (“*Dios no existe, deja de preocuparte y empieza a vivir*”) y sus campamentos para la “*desprogramación y ateización*” de niños. Su estilo es casi siempre breve y sarcástico, estos tratan de ridicularizar los comentarios de fe pero no suelen recurrir a la ofensa más vulgar.

El segundo grupo, de creyentes, parece constituirse de dos líneas independientes.

La primera es la de aquellos que por lo general vociferan contra todo en que nuestra doctrina difiera de sus religiones. No se entiende que no siendo católicos visiten a blogs católicos los cuales se dirigen exclusivamente al público católico y quieran sentirse molestos con eso, hasta el punto de proferir acusaciones y ofensas.

Los de la otra línea creyente –supuestamente católicos- se caracteriza por la presencia de aquellos cuyos argumentos para contradecir casi todo lo que diga el Papa y haga la Santa Sede son el reflejo del pensamiento disidente de teólogos “profesionales” modernistas, doctrinas empapadas de ideologías políticas y liberalismo, Teología de la Liberación, o hasta la vuelta de viejas herejías del pasado. De las tres presencias, esta última me parecer la más “virulenta”, tanto por su perseverancia como por la siniestralidad de su propósito.

Es lamentable la corta visión de estos detractores de la Iglesia que buscan división justamente en el momento en que occidente se está descristianizando a pasos agigantados. No notan que los valores cristianos están siendo substituidos por otros, importados, populistas y relativistas. No se dan cuenta de que corrientes políticas se esfuerzan en la erradicación de Dios de la educación, de la moral, de la dignidad humana, de nuestra vida.

Aceptamos callados el triunfo de la corrupción, que suplanta el derecho de las mayorías por el de ciertas minorías bajo el disfraz de lo “políticamente correcto”. Ya existe legalmente un partido político en Holanda cuyo programa único es la legalización de la pedofilia (sí, eso es, no lo has leído mal. Es el “*pedopartij*”, Party for Neighbourly Love, Freedom and Diversity). En la Francia que tanto se ha esforzado en hacer desaparecer el cristianismo de la esfera pública, el gobierno recientemente anunció que los musulmanes ya son la mayoría de creyentes practicantes, y las estadísticas de Italia están ya casi igualando a las de Francia.

Es muy triste, la urgencia del momento pide la unión y reacción conjunta de todos los cristianos y la ceguera fanática de estos cybermilitantes del caos buscan dividirnos.

Hablar de lo que no se sabe (¿o sí, sabrían?) además de pecado contra el octavo mandamiento ayuda a engendrar la propia ruina.

HABLAR DE LO QUE NO SE SABE SOLO PARA CONTRARIAR

He frecuentado por mucho tiempo una parroquia en la cual al presbítero era muy buena persona pero le encantaba ser el protagonista de todo y en todo, más que en el servir. El problema era que pese a su “omnipresencia” aportaba muy poco espiritualmente a un rebaño que iba menguando progresivamente. En sus homilias (a veces a gritos) se dedicaba a quejarse de que muy poca gente venía a Misa y que los que allí todavía íbamos les llamáramos a los demás feligreses para que también viniesen.

Entendí inmediatamente qué quiso decir S.S. Benedicto XVI cuando recomendó que en los seminarios se volviera a enseñar el Catecismo...

Como este presbítero insistía en hablar en *procesos de anulación del matrimonio* en la Iglesia (¿pero cómo podría alguien *anular* un Sacramento, que es cosa del Espíritu Santo?), tomé la libertad de respetuosamente y en particular mostrarle la diferencia entre “anulación” y *nulidad* matrimonial, pero no hubo caso. [CIC #907] [CDC can. 212]

En otra ocasión, como yo era el webmaster de la página web de la parroquia, me entregó un mensaje de Navidad que había escrito para que yo lo publicara y me preguntó que me parecía. Después de leerlo le dije que me gustaba pero que, en mi opinión, yo cambiaría el “ojalá” por algo así como “Dios quiera” o cosa parecida, porque *ojalá*, además de suponer una confianza o creencia en la “suerte” (superstición) es también una forma de darle gloria a un “dios” que no es el nuestro. Le expliqué que por su etimología quiere decir “si Aláh quiere” (del árabe *law š állah*), cosa que no es muy cristiana...

Eso fue lo suficiente para que infantilmente pasara a no cansarse de repetirlo hasta la saciedad y hasta en sus homilias...

Cuando le cité un Obispo-Auxiliar me corrigió diciendo que esa cosa no existía; No sabía que un Obispo-Auxiliar no es un “auxiliar de obispo”, sino que es un Obispo, que ha recibido el tercer Orden como cualquier otro, solo que todavía está aguardando por su Cátedra, mientras no se encuentre una disponible...

Para el colmo, este querido párroco tenía en la pared de su despacho una reproducción de “El primer beso”, de William Adolphe Burguereau, pintor caracterizado por su estilo de orientación significativamente erótica, niños incluidos.

Para quienes no asocien el nombre a la obra les recuerdo que se trata de aquella que presenta un angelito arrebatado por una “pseudo-angelita” sonrojada, de una aparente inocencia sublime y enternecedora. Pero no hay que dejarse engañar: por detrás de esa sublime inocencia se esconde un sombrío simbolismo esotérico [2 Co 11:14].

Con el advenio de la Nueva Era se pueden encontrar sus reproducciones en cualquier tienda de “todo a cien” (“todo a un dólar”, “todo a veinte duros” etc.).



Ha sido justamente gracias a esas apariencias *sublimes y enternecedoras* que –tal como vuelve a valerle ahora la Nueva Era- que las distintas gnosias fueron consiguiendo infiltrarse en la doctrina transmitida por los Apóstoles a lo largo de toda la historia de la Iglesia (*2).

Cuando le expliqué al presbítero que esa pintura era como un icono de la Nueva Era se altercó, tratando de convencerme de que eran unos *angelitos* representados en la Capilla Sixtina, por si yo no hubiese estado allí alguna vez.

Pero sí que yo ya había estado en la Capilla Sixtina. Y los angelitos que hay allí son estos otros:



A propósito, y ya que estamos en ese tema, le encantaba la narración de los cuentos de Paulo Coelho –el “Papa” de la Nueva Era- en las reuniones del Consejo Pastoral y otras ocasiones.

Hablar es bueno, sí; pero solo cuando hay algo para decir de lo que realmente se sabe.

HABLAR DE LO QUE NO SE SABE SOLO PARA PERDER EL TIEMPO

Hay gente que se lleva el mp3 o el videojuego de su móvil / celular cuando hay que hacer cola / fila para distraerse mientras “mata el tiempo” en esas esperas inútiles. Personalmente, envés de *matar* el tiempo prefiero *capitalizarlo* estudiando alguna cosa útil (*3).

Por eso, en cierta ocasión, mientras aguardaba mi turno en la fila de una oficina pública yo me compenetraba en la lectura de un tratado sobre Cristología, cuando el hombre que ocupaba el puesto siguiente al mío se adelantó un poco y se me puso adelante en un gesto –conspicuo, casi mímico- como para hacerme entender que quería ver lo que yo leía. No tengo idea de lo que profesaba este ciudadano porque no me interesé en alimentar su conversación, la cual prontamente se tornó provocativa. Su apariencia física era la del estereotipo que la sociedad llama *hippie*, o del nueva-era de orientación antisistema (pese a que se encontraba en una oficina del sistema), mientras otros les llaman despectivamente de “perro-flauta”.

Al constatar lo que leía me interrumpió la lectura para decirme que en los tiempos de Jesús, aquella región pululaba de sectas; que el cristianismo no pasaba de una más entre tantas otras; que esas sectas tenían sus magos que impresionaban a las gentes y que los milagros de Jesús eran eso y bla-bla-bla. No paró con su verborragia hasta que tuve que frenarle diciéndole claramente que soy cristiano, que se estaba metiendo con mi fe y me estaba importunando.

Ahora me pregunto: ¿Qué estaría buscando este hombre cuando fue a ver que era lo que yo leía? Dudo que supiese de antemano que era sobre cristianismo. Yo creo que independientemente del asunto que fuese, solo buscaba una excusa para hacer su comentario y a partir de ahí entablar una conversación (probablemente para “matar” el tiempo con la lengua, porque no llevaba mp3, videojuego ni libro...).

Se creería él que le hablaba a un ignorante. Podría haberle respondido que era cierto; que en aquella época pululaban las sectas y citarle el nombre de algunas. Pero que no solo en aquella época y lugar, sino que antes de Cristo también las había. Y también después las siguió habiendo... y si se fijara bien, hasta hoy las hay. De todos los tipos y por todos los lados. Pero que nada de eso cambia las cosas. Y también magos, y charlatanes... Y parece que la competencia era ferreña porque para colmo, hasta hubo en Samaria un tal mago llamado Simón que quiso comprarle a Pedro poderes del Espíritu Santo! [Hc 8:9,13,18-20] pero que como ni siquiera eso le afectó al Señor, mi interlocutor entonces debería no preocuparse y podría marcharse a casa tranquilo...

Lo que nuestro amigo “cronófago” no parecía saber es que a diferencia del caso de los magos y sectas de la moda, en Jesús se confirmó el Mesías esperado que por milenios venía siendo anunciado (prefigurado) en cada parte del Antiguo Testamento y que la Iglesia que Él hizo edificar sobre Pedro no era ninguna de las sectas efímeras que se quedaron para atrás en aquellos mismos tiempos, las cuales se desvanecieron como el humo. Solo por estar hablando con un cristiano dos milenios después de la venida del Cristo ya se debería haberse apercebido de la diferencia.

Hablar sin saber solo por hablar, apenas resulta en un desperdicio del tiempo para todos.

HABLAR DE LO QUE NO SE SABE PARA OBTENER PROTAGONISMO

Este caso no deja de tener ciertas similitudes con uno que he citado al comienzo, el de la necesidad de “aparentar”. Entretanto la diferencia entre ambos reside mayormente en su motivación que, si mientras allí parecía ser la necesidad de ocultar ignorancia con el velo de una compensación verbal, en este caso parece ser prácticamente lo opuesto. O sea, resaltar la posesión de un supuesto conocimiento, bajo una auténtica y honesta creencia de que esa información pertenece a la doctrina oficial de la Iglesia.

Es el caso de un otro buen señor, católico fervoroso. Él mismo confiesa tampoco haber estudiado sobre prácticamente nada pero eso no le impide sentirse capacitado y feliz en “actuar donde haga falta” debido a su larga experiencia, sintiéndose respaldado por el largo tiempo “que convivió” en la Iglesia además de “tener un familiar que es sacerdote” (¿y qué? mi esposa toca piano y órgano y eso no me capacita a nada...).

De esa forma el “actuar en donde haga falta” se resume a intentar ocupar el sitio de alguien más que ya está previsto intervenir, sea en una charla, una clase, una sesión de oración etc.

Curiosamente no tiene iniciativa para promover sus propios eventos y cuando se le pide para ayudar a difundir alguno simplemente se niega colaborar a promoverlo alegando falta de tiempo o entonces se pone a trabajar en causa propia haciéndole la competencia ese mismo proyecto, Estoy seguro de que no es eso que se aprende por haber convivido en la Iglesia durante toda la vida.

Por el Bautismo todos hemos sido hechos reyes, sacerdotes y profetas y tenemos el deber de llevar el *Kerigma* adelante. En otras palabras, debemos aprovechar cada oportunidad de evangelizar. De una forma simple diremos que *evangelizar* significa llevarle la Buena Nueva a todos que todavía no han conocido a Jesús, el Reino; es básicamente eso [CIC #905] [CDC can.211]. No significa que hay que darle catequesis a cada uno, que hay que bautizarle, que hay que enseñarle las múltiples devociones, que hay que introducirle en todos y cada uno de los aspectos de la liturgia o de nuestra doctrina. [CIC #906]

La Iglesia ya está lo suficientemente bien organizada y capacitada como para llevar a cabo mejor que nadie cada una de esas otras tareas. Todo lo que nos compite por el bautismo es darle a conocer la Buena Nueva a los que no la conocen [Mc 16:15] y luego pasárselos a la Iglesia para lo que corresponda.

Si queremos hacer más también lo podremos. La Iglesia está siempre necesitada de voluntarios. Para cualquiera que sea nuestra vocación la Iglesia nos proveerá con la formación, preparación y los ritos necesarios para poder llevar a buen término cada tarea o acción.

Desde la conclusión de mi curso de formación como catequista de adultos y jóvenes tuve que esperar por dos años más hasta poder actuar en esta actividad.

Pese a que he venido durante las dos últimas décadas haciendo cursos y estudiando progresiva y continuamente, todavía siento la necesidad de revisar y asegurarme de la exactitud de cada afirmación que tendré que hacer antes de cada intervención.

El punto al cual quiero llegar es este: esta persona tiene dos posibilidades de verdaderamente trabajar por la fe de Cristo, la primera sería estudiar aquello sobre lo que quiera enseñar y la segunda, si es que la primera no le atrae, es dejar que alguien preparado lo haga. Pero en cambio, no, ella es quien le va a enseñar a los demás todo aquello que “sabe” pese nunca haberlo aprendido...

¿Y por qué lo hace? No sé si por envidia, vanidad o alguna rivalidad (no puedo diagnosticarlo, pues no soy psicólogo), pero lo que sí me causa la impresión es esa necesidad de un protagonismo fuera de su sitio que no le ayuda a él mismo ni a los demás.

Esta persona habla impulsivamente de lo que “se cree que pudiese ser” la doctrina sin antes haberse asegurado de ello ¡cuando eso es tan fácil! No consigue contenerse. Hablar de lo que no se sabe puede conducir a un protagonismo adverso.

HABLAR DE LO QUE NO SE SABE POR LA ALEGRÍA DE CAUSAR DAÑO

Hay un programa nocturno en la radio que suelo acompañar regularmente. No necesariamente por lo beneficioso que resulte culturalmente. Lo oigo los fines de semana, al acostarme.

Se trata de un programa de tertulias que mezcla de todo un poco, diseñado para satisfacer a un público hambriento de morbo; “astrología científica” (SIC), OVNI, magia, personajes controvertidos, “criptozoología”, mundo antiguo, asesinos en serie, espiritismo, “niños azules”, fin del mundo, Camino de Santiago, alquimia, Club Bilderberg, crimen, fantasmas, Nueva Era, espionaje, OOPARTs, psicofonías, ciencia, pirámides, chamanismo, terror, inventores, parapsicología, masonería, misterio, zombies y naturalmente –metida en el mismo saco- ¡La Iglesia!

Debo reconocer que escuchar semejante “enciclopedia surrealista” resulta divertidísimo, y en ciertas ocasiones verdaderamente hilarante. Me dejan estupefacto aquellas mismas cuatro bocas de siempre que, año por año, vienen monopolizando el conocimiento universal, sintiéndose con plena autoridad para discutir en sus tertulias desde la mecánica cuántica (¡imagínate el cuadro!), los OVNI, pasando por el chamanismo, los “reptilianos de Bilderberg”, hasta el Derecho Canónico o las “estrategias” y planes del Papa.

Pero no es esa la razón principal por la que malgasto el tiempo escuchando a ese programa. El punto en que me voy a centrar es que después de la muerte de su creador pasó a caracterizarse por una orientación ostensivamente anti-judicristiana y en particular, anticatólica.

Como responsable de un ministerio de formación en la fe católica y apologética, tengo interés (mejor diría, el deber) de mantenerme informado sobre noticias, eventos y tendencias que se relacionan o que afectan al mundo católico.

Casi no hay presentación de ese programa en que no se haga alguna mención a algo relacionado con la iglesia o a la fe católica, pero invariablemente, ninguna positiva (o siquiera, al menos neutral).

Siempre que en la prensa sale alguna noticia relacionada al cristianismo o la Iglesia el tema fatalmente entra en la “tertulia” pero bajo su propia versión de los hechos, e, invariablemente acompañada (a semejanza de la BBC de Londres) de alguna carga negativa de acontecimientos del pasado que nada tienen que ver directamente con la noticia, tales como los abusos de algunos curas, los Borgia, la inquisición etc. No es que yo lo diga, es la hemeroteca de la propia emisora quien lo tiene registrado.

Cito apenas un ejemplo para mejor ilustrar lo que digo: Cuando Benedicto XVI fue al Santuario de Lourdes, el acontecimiento fue prontamente incluido en el temario de la tertulia de la semana.

¿Para comentar la celebración del 150 aniversario de las apariciones? ¿Para contar la historia de Santa Bernadette Subirou y de las apariciones de la Virgen? ¿Para contar qué fue el Papa hacer allí? Obviamente que no. Nada de eso.

El plato fuerte del día fue buscar una forma de desprestigiar al Santuario y al evento, intentando ningunear a las continuadas curaciones inexplicables que se han venido documentando desde el tiempo de las apariciones de la Virgen.

Estos “contertulios omniscientes” se valieron exactamente del mismo razonamiento y fórmula presentados por varios militantes del ateísmo en sus blogs: o sea, a las más de siete mil curaciones ocurridas les sumaron los 68 milagros confirmados y dividieron el total por los millones personas que visitaron el Santuario, encontrando un porcentaje irrisorio de gracias recibidas.

Que el hablar de lo que no se sabe le hace a uno decir tonterías es de esperarse, ¡pero uno no debería esforzarse tanto en ello!

¿A quien se le puede ocurrir que los millones de peregrinos que visitan ese santuario (o cualquier otro) están todos enfermos y que van en busca de curas milagrosas?

En mi modo de ver las cosas, la noticia de la cura milagrosa *de apenas uno* de mis siete mil millones de hermanos que habitan el planeta ja es motivo suficiente de asombro y de júbilo.

Me pregunto a menudo cual podría ser la razón para que algunos se complazcan haciéndole mal a los que no se meten con ellos y a lo ajeno. No sé si se trata de un puro *in odium fidei* o si lo hacen para atraer más gentes a sus filas, para poder contar con más compañía en el caso de que en el final las cosas no les salgan bien.

Es lamentable que ciertas personas se sientan felices por hablar hasta de lo que no saben con el único propósito de hacerle daño a los demás [8º Mandamiento]. Bien ajustado a esos casos hay un refrán en español que dice: “*difama, difama bastante que algo siempre queda*”.

Hablar de lo que no se sabe (¿o sí, sabrían?) con el exclusivo propósito de causarle daño a quienes no comulguen con sus ideales, también ayuda a engendrar la propia ruina. Hay quienes no se dan cuenta de que en la misma proporción en que se eliminan los elementos que producen al bien común crece proporcionalmente en contrapartida la presencia del mal.

HABLAR DE LO QUE NO SE SABE PUEDE LLEVAR AL RIDÍCULO

En un cierto movimiento católico que conozco sus dirigentes son casi todos mayores de edad, como yo mismo.

Allí a todos les gusta hablar, pero casi bajo una forma de monopolio de los “antiguos”. Y con eso muchas veces les escucho a algunos de los que “enseñan” a los noveles decir las más increíbles barbaridades.

Cosas como “que la Iglesia no debería tener una Jerarquía” o que “una buena forma de aprender más sobre nuestra fe” es ir a la biblioteca de la Iglesia Metodista que es muy buena”.

¿Te puedes figurar como estaría la Doctrina si por milagro le hubiese sido posible subsistir hasta hoy solo en las manos de los laicos, cada cual con sus ideas propias de lo que deberían ser la fe y la Iglesia según su entender personal? Eso no solo es desconocimiento de la Historia de la Iglesia; es desconocimiento hasta de la misma historia universal; es todavía peor ¡es plena ignorancia de la realidad y falta de sentido común!

Cuanto a ir a la biblioteca de la disidencia... ¿Para que, para aprender sobre una creencia que no es la católica? ¿Para empujarles a los noveles con dudas hacia los brazos de otra religión? ¿Para que crean en las tres “Solos” de Lutero? ¿Para que se les diga que nuestra Biblia según el canon original es falsa y que la de ellos –la modificada- es la verdadera?

¿Puede haber inconsecuencia mayor?

El mérito más grande que parece haber allí es la “antigüedad” de cada uno en el grupo. Casi no hay reunión en que no se escuche una y otra vez lo mismo: “es que estoy en esto hace 20, 25 o 30 años”. Es la forma que tienen de tapparle la boca a alguien cada vez que se atreva a disentir de algo que creen ser como ellos piensan que es (o quisieran que fuese...).

Parecen no darse cuenta de que si con sus improvisaciones pueden impresionar al novel ignorante, para los presentes que tengan una formación más sólida que la suya estarán haciendo el ridículo. Y justamente debido al nivel de su propia ignorancia no les es posible reconocer a esos que tienen un nivel de conocimientos superior al suyo, justamente porque ignoran que tal nivel más alto siquiera existía. Lo más fascinante que parecen haber descubierto es su propio ombligo.

Parece existir una necesidad de afirmación, una necesidad psicológica causada por la falta de un estudio serio y regular. Parece que debido a la falta de una formación en la Doctrina según el Magisterio, de la Historia de la Iglesia, Teología, Ley Canónica, los Concilios, Escrituras, Catecismo, Apologética y otras cosas de veras esenciales, lo que les resta es la reivindicación de la antigüedad.

Antigüedad esa que me hace reflexionar sobre dos cosas:

- 1) ¿Si es que estás hace tanto tiempo ahí, porque no le dejas ahora el paso a otros?
- 2) ¿Por qué no aprovechaste todo ese tiempo para aprender algo envés de andar enseñando bobadas insospechadas?

¿Para que hablar de lo que no se sabe? ¿No hubiese sido más sabio callarse sobre aquello que se desconoce envés de hacer el triste papel de “maestro ignorante”?

Hablar de lo que no se sabe puede exponerle a uno al ridículo y hacerle perder la credibilidad frente a otros que también sean inteligentes e instruidos.

HABLAR DE LO QUE NO SE SABE PUEDE LLEVAR A LA HEREJÍA

En una otra ocasión, de paso por un pueblo fui a la Misa del Gallo, en la cual el celebrante era un presbítero recién llegado. La liturgia fue impecable, con toda solemnidad en una capillita entrañable. Un diacono visitante, que también estaba de paso, le pidió permiso al sacerdote para proferir la homilía, cosa perfectamente prevista en el CDC y que entonces el buen padre le concedió, probablemente para su pronto arrepentimiento.

El “diacono” en lugar de presentar aquello a lo que supuestamente se destina una homilía, o sea, a ayudarle a los fieles a interpretar el mensaje del Evangelio de aquella noche, adecuándolo a la ocasión de una forma de fácil entendimiento por todos... ¡empezó a criticarlo!

Empezó preguntándole a la asamblea si sabía porque la “matanza de los inocentes” solo figuraba en uno de los Evangelios, el de Mateo [Mt 2: 16-18]. Es una pregunta extraña, porque probablemente no la sabrían responder los exegetas, los que constituyeron el canon de la Biblia y, quizá, ni los mismos Evangelistas que les escribieron...

¡Pero él sí que lo sabía! Y entonces nos contó en su “homilía” que aquel hecho no aparecía en los demás porque ¡aquello nunca había ocurrido! O sea, en otras palabras, la Palabra de Dios era mentira.

Luego se ufano de cómo había llegado a ese descubrimiento. Contó que él mismo se había dado al trabajo de revisar los cuatro Evangelios y entonces descubrió que los otros tres Evangelistas no mencionaron aquel hecho por lo cual llegó a la conclusión de que *“todo aquello era una invención y que había sido incluido allí solamente para simbolizar el hambre y sufrimiento a que están sometidos tantos niños en el mundo”* (SIC). Como vemos, dos milenios del Magisterio no le sirvieron para nada a la Iglesia, hasta la llegada de este investigador *renegado del Orden* para que por fin, se dedicara a su tan ansiada correcta reinterpretación de los Evangelios.

Independientemente de que la realidad del sufrimiento de los niños en el mundo sea una verdadera calamidad, lo que ha dicho ese hombre no pasa de una grosera herejía (en verdad blasfemia, porque desmiente a la Palabra de Dios) y nada hay que le justifique.

Pero, herejías a parte, volvamos al problema de hablar de lo que no se sabe. Si este agraciado con el primer grado del Orden supiese de lo que hablaba no proferiría semejante absurdo. Y es que el hecho de que los Evangelios difieran entre si en ciertos aspectos y que unos citen hechos ausentes en otros puede hasta presentar más peso para una fiabilidad aumentada según los criterios de historicidad y técnicas aplicados en la *crítica-histórica* de la Exegesis (*4).

Repito una vez más, no es bueno hablar de lo que no se sabe porque eso puede llevarle a uno pasar un calor perpetuo.

CONCLUSIÓN

¿Por qué me di al trabajo de escribir sobre tan desmerecedora materia?

Nada más que para demostrar el daño que hablando de lo que no se sabe podemos causarle a los que saben todavía menos que nosotros sobre determinado asunto.

LA SOLUCIÓN AL PROBLEMA: PASAR A SABER DE AQUELLO QUE SE QUIERA HABLAR (O ENTONCES APRENDER QUE “EN BOCA CERRADA NO ENTRAN MOSCAS”)

Por una cuestión de coherencia no puedo practicar aquello que yo mismo critico. O sea, no puedo afirmar cuales son o dejan de ser las razones que nos motivan a actuar de de una u otra forma para tampoco terminar hablando de lo que no sé. No tengo formación para tanto. Pues como ya he dicho, no soy psicólogo.

Sin llegar a juzgar y en un intento de mejor comprender a mi semejante, apenas me aventuro a preguntarme si ese comportamiento no se trataría de alguna forma de egocentrismo, vanidad, autoestima exacerbada o algún complejo de inferioridad.

Pero hay una cosa que sí, la sé, y con toda la seguridad: y es que *no se puede enseñar antes de aprender*. Enseñar lo que todavía no se sabe no es enseñar, es corromper la verdad y confundir. Y cuando eso es llevado a cabo intencionalmente diría mismo que es *charlatanería* pura y dura. [Ef 6:12]

¿Y tiene arreglo eso?

Sí. Y se trata de cosa muy simple; basta con que uno se matricule en un curso serio sobre la materia que desea dominar. Solo la aventura del aprender ya será una primera recompensa. El conocimiento que vaya adquiriendo ya le dará a uno la autoconfianza que le basta a si propio, sin necesidad de andar mostrándole a todo el mundo “que sabe algo”, sea eso cierto o no. Y todavía más importante, se capacitará uno a verdaderamente *enseñar* cuando surja la ocasión.

En el caso del catequista hay una particularidad añadida. Es que, pese al preparo que ha recibido en su formación no le hace falta “enseñar” nada.

El Señor y los Profetas ya han *enseñado* todo lo que constituye nuestra fe. Ni siquiera los Evangelistas y Apóstoles se atrevieron a “enseñar” cosas distintas; solo se limitaron a *transmitir* las enseñanzas de Jesucristo [1 Co 11: 2]. Del mismo modo y con más razón a los catequistas solo nos compete transmitir la doctrina de nuestra fe bajo la orientación del Magisterio (*5), cosa que nos facilita sobremanera la tarea. Por eso más que una oportunidad para lucir sus conocimientos, la condición de catequista es más la respuesta al llamado a una *vocación*.

Le soy inmensamente agradecido a un amigo que en mi inmadura juventud me dio una lección que me valió para siempre y -sin duda alguna- cambió mi vida.

Entre mis muchas inseguridades tenía vergüenza de no saber sobre determinada cosa que se me preguntara y mi “defensa” era esconderlo, fingiendo que lo sabía, porque no quería pasar por ignorante.

Mi amigo era un intelectual, muy inteligente y pronto se apercibió de eso, entonces me preguntó sin rodeos: ¿Por qué finges saber lo que no sabes? De esa forma solo tú saldrás perdiendo porque te quedarás sin saberlo. Nadie –jamás- podría saberlo *todo*. Cuando no sepas algo no tienes porque tener vergüenza de decirlo claramente, sino no aprenderás y seguirás sin saberlo. ¡Fingiendo que lo sabes todo terminarás no sabiendo nada! Eso era puro sentido común, pero confieso que hasta entonces simplemente no me había dado cuenta de ello.

Me enseñó que cuando alguien me preguntara si sabía sobre determinada cosa que yo desconociese le respondiera claramente que no y que mucho apreciaría que me lo explicara. Además, si el asunto o tema me interesara que no perdiese la ocasión para preguntarle cómo y dónde podría aprender más al respecto.

Y también que no me preocupara demasiado con mi propia imagen porque lo más probable es que cada uno estuviere más concentrado en la suya propia que en la mía...

Que seguramente cualquier persona con cordura me ayudará gustosamente porque ella misma – como todo el mundo- un día tampoco sabía sobre ese mismo tema hasta que lo aprendió de alguien más. Que tener interés y preguntar por las cosas es cosa de gente inteligente y no motivo de vergüenza.

Aquí le presento mi gratitud y homenaje a ese sincero amigo, Charles Aubert Lagisquet, quien en apenas un minuto y un solo consejo me abrió los ojos para una obviedad que terminó por empujarme hacia una aventura en que el ansia de saber me viene durando toda la vida.

=====

Notas:

(*1) Prof. Gustavo Bueno, Catedrático de Filosofía e Historia, pensador español de la actualidad. Repitiendo sus propias palabras, afirma ser ateo pero no idiota. Que pese a no creer en Dios, no puede negar que cree firmemente en la Iglesia. Debido a su condición de historiador no sorprende su conocimiento de la historia de la Iglesia, pero lo que más impresiona es su conocimiento también de las doctrinas católica y otras, lo que le permite sus interpolaciones, extrapolaciones y análisis comparativo entre los resultados propiciados por la Iglesia a la actual civilización frente a los demás resultados alternativos.

Es increíble –y paradójico- que tengan que ser justamente los intelectuales no creyentes quienes en estos tiempos de secularización y relativismo estén defendiendo la Iglesia y nuestra fe.

Reproduciré aquí las palabras de un otro exponente de la intelectualidad actual. Se trata del Prof. Leo Moulin, agnóstico, pensador, historiador y catedrático de la Universidad de Bruselas:

«Haced caso a este viejo incrédulo que sabe lo que se dice: la obra maestra de la propaganda anticristiana es haber logrado crear en los cristianos, sobre todo en los católicos, una mala conciencia, infundiéndoles la inquietud, cuando no la vergüenza, por su propia historia. A fuerza de insistir, desde la Reforma hasta nuestros días, han conseguido convencerlos de que sois los responsables de todos o casi todos los males del mundo. Os han paralizado en la autocrítica masoquista para neutralizar la crítica de lo que ha ocupado vuestro lugar.»

Feministas, homosexuales, tercermundialistas y tercermundistas, pacifistas, representantes de todas las minorías, contestatarios y descontentos de cualquier ralea, científicos, humanistas, filósofos, ecologistas, defensores de los animales, moralistas laicos: «Habéis permitido que todos os pasaran cuentas, a menudo falseadas, casi sin discutir. No ha habido problema, error o sufrimiento histórico que no se os haya imputado.

Y vosotros, casi siempre ignorantes de vuestro pasado, habéis acabado por creerlo, hasta el punto de respaldarlos. En cambio, yo (agnóstico, pero también un historiador que trata de ser objetivo) os digo que debéis reaccionar en nombre de la verdad. De hecho, a menudo no es cierto. Pero si en algún caso lo es, también es cierto que, tras un balance de veinte siglos de cristianismo, las luces prevalecen ampliamente sobre las tinieblas.

Luego, ¿por qué no pedís cuentas a quienes os las piden a vosotros? ¿Acaso han sido mejores los resultados de lo que ha venido después? ¿Desde qué púlpitos escucháis, contritos, ciertos sermones?» Me habla de aquella Edad Media que ha estudiado desde siempre: «¡Aquella vergonzosa mentira de los "siglos oscuros", por estar inspirados en la fe del Evangelio! ¿Por qué, entonces, todo lo que nos queda de aquellos tiempos es de una belleza y sabiduría tan fascinantes? También en la historia sirve la ley de causa y efecto...»

Una buena lista de no-cristianos que se levantan en nuestra defensa como respuesta a nuestro propio silencio e inmovilidad conformista [2 Co 11:20-21] puede ser encontrada en la página web de uno de los ministerios en que me encuentro a cargo: www.deoduce.org

(*2) Nuestra fe nos enseña que los ángeles son creaturas de Dios, puramente espirituales. Al no ser dotados de un cuerpo físico no necesitan comer ni beber, por tanto, mucho menos tienen necesidades fisiológicas. Obviamente, tampoco tienen sexo porque no procrean.

Que en esa pintura el angelito sea dotado de un órgano reproductor, incongruente en la naturaleza angélica, sería lo de menos, el detalle hasta se podría atribuir a la ignorancia o –ehem...- a la “estética” (otros artistas del pasado también lo hicieron).

Pero lo que esa obra desvela no es ignorancia, sino que una intención bien consciente y concreta, con la presencia de un silfo, un *elemental del aire*, personalizando la tentación femenina a la cual el ser celestial sucumbe. Seguramente el artista habrá sabido que los ángeles no tienen un sexo tal como los humanos, pero entonces ¿por qué le habría puesto un órgano viril al angelito?

Es que con ese atributo el angelito adquiere la irrefutable condición de “angelito-varón”. ¿Lo captas? ¿Y como se soluciona el problema de la hembra si no hay “ángeles-hembra”? Cuando el autor denomina esa obra de “El **primer** beso” sugiere que si es el “primero”, se supone que “más” habrá de venir después...

Pues en el nombre del Amor ya todo vale (¿cuantas cosas distintas ya has visto llamarlas de “amor”?). La inexistencia de “angelitas” no le ha frenado al artista, quien como que por pase de magia se sacó de la manga una hembra acorde con la situación: un silfo-hembra, no importando que la relación amorosa entre dos especies distintas sea considerada sodomía.

¿Hay algún detalle pictórico que evidencie que el pintor hizo tal diferenciación de especies a propósito?

Sí, y de forma nada sutil; para ser exacto, gritante: el ángel tiene alas según las descripciones bíblicas y la hembrita con alas como de mariposa, tal como en las descripciones de los elementales según los diversos cultos paganos.



Ahora ¿No es bonito el cuadro? Sí que lo es, personalmente me parece precioso, sublime y de una ternura conmovedora como ya lo había dicho antes.

Pues es exactamente ahí que reside el problema (¡y el peligro!): la presentación del error bajo un disfraz de inocencia y una imagen seductoramente cautivante. Era con esa táctica que las sectas gnósticas conseguían sus propósitos y la Iglesia primitiva les temía más que a las mismas persecuciones sanguinarias del Imperio Romano. ¡Mucho cuidado, porque a veces las cosas no son lo que parecen! Es la forma que el Maligno tiene para empujarnos su mercancía [Jn 8:44; 2 Co 11:13-15].

(*3) Tengo por costumbre llevar siempre conmigo alguna literatura en las ocasiones que voy a tener que enfrentar alguna fila, sea en el banco, alguna oficina pública, correo y tantas otras, que las hay. Me impresiona el descaso de los responsables por gestionar la economía pública y privada para darle solución a ese problema que puede sumar miles de millones de horas improductivas, si consideramos que diariamente hay colas en todas las ciudades del mundo. Son *improductivas* porque casi todas se dan en horario de trabajo en alguna parte de un mundo que no para de girar las 24 horas. En su

lenguaje los economistas les definen algo así como “horas-hombre de productividad cero”... En resumen, el tiempo perdido en las colas le es robado al trabajo, al disfrute y al descanso.

- - - - -

(*4) Explico:

Después de todo lo que he dicho, debo ahora tomar doble cuidado para no cometer también el error de “hablar de lo que no se”... Por eso, al no ser exegeta yo mismo apenas me reporto a lo poco que aprendí sobre el tema en mis estudios, y por eso recomiendo contrastar la información que se sigue en esta nota con fuente más autorizada antes de aceptarla como exacta.

En líneas generales digamos que la exégesis se desarrolla por dos métodos principales, el histórico crítico (diacrónico) y el holístico (sincrónico). Estoy cierto de que siendo diácono nuestro amigo habrá cursado algún seminario y aprendido que hay tres criterios elementales de historicidad y técnicas aplicados en la *crítica-histórica* de la Exégesis:

- El de la atestación múltiple
- El de la coincidencia con el concepto histórico y social
- El de la discontinuidad o desemejanza

Lo que él se cree haber descubierto ya ha sido exhaustivamente sometido a esos criterios por los exegetas para asegurarse de su autenticidad.

No solo ese acontecimiento, pero innumerables otros hechos citados en cada uno de los evangelios no se encuentran repetidos en los demás. Ni tendrían por que serlo, de vez que han sido escritos por personas distintas, en tiempos distintos, en sitios distintos, para comunidades de orígenes étnico-culturales distintos, en contextos político-religiosos distintos y bajo presiones circunstanciales distintas. Y lo más importante aún: si se trata de textos inspirados (hagiografías) al único a quien le compete decidir *qué* es lo que deben contar o no cada uno de esos textos es *el que los inspira...* (¿No hace sentido eso?)

Al mismo tiempo los exegetas entienden que los redactores de los Evangelios canónicos habrían recurrido también a la fuente “Q” (la cual tampoco podría coincidir en su totalidad con los cuatro Evangelios canónicos al mismo tiempo sin caer en lo absurdo, de vez que difieren entre sí en muchas cosas).

Ahora, personalmente –y en mi entender– no veo porque los Evangelistas canónicos fuesen todos ellos buscar a la fuente “Q” exactamente *la misma* información si estos los escribieron en tiempos, lugares, en circunstancias distintas y se dirigían a comunidades tan diferentes.

Pero a la par de este enfoque de la investigación meramente histórico-crítica, hay una otra consideración de vital importancia que debe tenerse en cuenta en las cosas de la Fe. En primer lugar hay que tener claro que la Biblia no es “un libro de Historia” ni la biografía de nadie, ni siquiera del mismo Jesucristo. Es el libro de la Revelación. Por eso no cuenta como era físicamente Jesús, ni que hacía o dejaba de hacer fuera de los momentos de su vida pública. Ni de Él o de cualquier otro personaje; búscalo en toda la Biblia y lo comprobarás. Siempre que Jesús es citado lo es en la justa medida *de revelarnos el Reino*, en obediencia al Padre y salvarnos.

Tampoco cuentan las Escrituras nada sobre otras cosas de la Creación como el hombre de las cavernas y los elefantes marinos ni lo que se acostumbraba comer en Babilonia o como se peinaba Nabucodonosor, porque nada de esa información sirve para nuestra salvación.

No hay duda que de las Sagradas Escrituras se ha podido extraer muchísima información para la Historia, e irónicamente alguna de la cual a veces puesta previamente en duda por argumentos supuestamente “científicos”, pero que al final terminó siendo confirmada por nuevos descubrimientos arqueológicos, sin embargo la Biblia no fue escrita con esa intención.

Nuestro diácono debería entender que su deber, así como el de los detentores de cualquier otro grado del Sacramento del Orden es transmitir y ayudarnos a entender la fe tal como nos la transmitieron los Apóstoles y Evangelistas. No es discutirla. Más que todo, debería entender que no puede valerse del ambón y la liturgia como una plataforma para su militancia de la Teología de la Liberación o cualquier otra cosa que no esté acorde con la Iglesia de Cristo.

Cualquiera que se crea inspirado, que tenga nuevas ideas o sienta haber hecho nuevos descubrimientos tiene un camino oficial a seguir si piensa cambiar aquello en que todos tenemos que creer. Tienen a su disposición una Congregación para la Doctrina de la Fe, una Comisión Pontificia Bíblica y un Magisterio que ya se ocupan de recibir y estudiar todas las proposiciones que aparezcan, y hacerlo con más conocimiento, sabiduría y autoridad que nadie.

Ese es el camino correcto para quienes quieran proponer sus propias teorías a la Iglesia, y no a la asamblea de fieles como si esta fuese una platea para su espectáculo.

Lamentablemente, en estos días de tan fácil acceso a los medios de comunicación y editoriales podemos encontrar toda una gama de “candidatos a nuevos reformadores” de la fe católica, cada cual con sus objeciones y “correcciones” a la doctrina que a veces encuentran eco entre los llamados “católicos de autoservicio” (*cafeteria catholics*), casi siempre caracterizados por una bajísima –cuando no nula- formación en la fe.

A estos nuevos gurúes les podemos encontrar entre teólogos y exegetas, frailes, presbíteros y por lo visto, ahora, hasta entre diáconos.

Veamos que dice una reconocida autoridad en el ámbito de la apologética actual, la Dra. Bruna Costacurta PhD, Catedrática de Exégesis de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y de la Pontificia Universidad de Letrán, Licenciada en Sagrada escritura, Doctora en Ciencia Bíblica, miembro del Consejo de la Presidencia de la Asociación Bíblica Italiana y poseedora de una larga lista de títulos y una incontestable experiencia en las esferas eclesial, académica y editorial:

“En realidad, si la Escritura es aceptada en su verdad de libro inspirado, parece que no se la pueda limitar, para comprenderla, a un mero estudio histórico, lingüístico, literario, estructural, etc., sino que teniendo en cuenta los resultados de todas estas perspectivas, se deberá llegar al descubrimiento de su sentido propiamente religioso. Es el mensaje religioso y espiritual el que debe buscarse, y es el que debe establecerse como norma para el hombre de todo tiempo que se ponga a la escucha de la Palabra.”

En su afán por querer ajustar la doctrina y a la Iglesia a los caprichos del mundo y los suyos propios estos pretensos reformadores terminan convirtiéndose en útiles agentes de la *secularización*, que es la denominación “políticamente correcta” utilizada para disfrazar lo que en verdad viene siendo el sistemático y progresivo proceso de *descristianización* de la civilización occidental.

Veamos ahora, para finalizar esta nota, que es lo que S.S. Benedicto XVI dice en el prologo de su libro “Jesús de Nazaret” al respecto del flaco favor que estos innovadores le hacen a la fe, a la Iglesia y a la misma cristiandad:

“Los avances de la investigación histórico-crítica llevaron a distinciones cada vez más sutiles entre los diversos estratos de la tradición. Detrás de éstos la figura de Jesús, en la que se basa la fe, era cada vez más nebulosa, iba perdiendo su perfil. Al mismo tiempo, las reconstrucciones de este Jesús, que había que buscar a partir de las tradiciones de los evangelistas y sus fuentes, se hicieron cada vez más contrastantes desde el revolucionario antirromano que luchaba por derrocar a los poderes establecidos y, naturalmente, fracasa, hasta el moralista benigno que todo lo aprueba y que, incomprensiblemente, termina por causar su propia ruina. Quien lee una tras otra algunas de estas reconstrucciones puede comprobar que son más una fotografía de sus autores y de sus propios ideales que un poner al descubierto un ícono que se había desdibujado. Por eso ha ido aumentando entretanto la desconfianza de estas imágenes de Jesús; pero también la figura misma de Jesús se ha alejado todavía más de nosotros.

Como resultado común de todas estas tentativas, ha quedado la impresión de que, en cualquier caso, sabemos pocas cosas ciertas sobre Jesús, y que ha sido sólo la fe en su divinidad la que ha plasmado posteriormente su imagen. Entretanto esta impresión ha calado hondamente en la consciencia general de la cristiandad. Semejante situación es dramática para la fe pues deja incierto su autentico punto de referencia: la íntima amistad con Jesús, de la que todo depende, corre el riesgo de moverse en el vacío.”

(*5) ¿Que dice el Catecismo de la Iglesia Católica (CIC)? (los destaques son míos)

#426 "En el centro de la catequesis encontramos esencialmente una Persona, la de Jesús de Nazaret, Unigénito del Padre, que ha sufrido y ha muerto por nosotros y que ahora, resucitado, vive para siempre con nosotros... Catequizar es... descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios... Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por El mismo" (CT 5). El fin de la catequesis: "conducir a la comunión con Jesucristo: sólo El puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad". (ibid.).

#427 "En la catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a **El; el único que enseña es Cristo, y cualquier otro lo hace en la medida en que es portavoz suyo, permitiendo que Cristo enseñe por su boca... Todo catequista debería poder aplicarse a sí mismo la misteriosa palabra de Jesús: 'Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado'** (Jn 7, 16)" (ibid., 6)

#428 El que está llamado a "enseñar a Cristo" debe por tanto, ante todo, buscar esta "ganancia sublime que es el conocimiento de Cristo"; es necesario "aceptar perder todas las cosas ... para ganar a Cristo, y ser hallado en él" y "conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos" (Flp 3, 8-11).

Hay otros más de sesenta cánones del Catecismo orientan y reglan los procedimientos del catequista y pueden ser encontrados en # 1648~1698, 2033, 2145.

www.deoduce.org